

George Berkeley (1685- 1753).

Traducción: A. P. Masegosa

Nota: Estos diálogos vienen a completar el volumen *Principios del conocimiento humano*.

PRIMER DIÁLOGO

FILONÚS.- Buenos días, Hilas. No esperaba encontrarte fuera tan pronto.

HILAS.- No es corriente, desde luego, que suceda esto; pero mis pensamientos estaban tan absortos en una materia sobre la que había estado discuriendo la última noche que, viendo que no podía conciliar el sueño, resolví levantarme y dar una vuelta por el jardín.

...

HILAS.- Estaba pensando en el curioso destino de aquellos hombres -los ha habido en todas las épocas- que, por afectar ser distintos del vulgo y por una cierta perversión mental, han pretendido no creer en nada o creen las cosas más extravagantes del mundo. Esto se podría, sin embargo, soportar, si sus paradojas y escepticismo no trajeran consecuencias perjudiciales para la humanidad. El mal está en que los hombres que disponen de menos ocio, cuando ven que aquellos que al parecer han gastado todo su tiempo en las tareas del conocimiento, profesan una completa ignorancia de todo o sostienen ideas que repugnan a los principios evidentes y comúnmente recibidos, están tentados de sospechar de las verdades más importantes que hasta entonces ha considerado sagradas e indiscutibles.

FILONÚS.- Estoy completamente de acuerdo contigo por lo que se refiere a la perniciosa tendencia de algunos filósofos a afectar dudas, o la que otros tienen a imaginar cosas fantásticas. Y yo mismo me he dejado llevar tanto por esta forma de pensar, que he abandonado alguno de los conceptos sublimes que aprendí en sus escuelas y me he atenido a opiniones corrientes. Y te doy mi palabra: desde que me rebelé contra los conceptos metafísicos y obedecí a los claros dictados de la naturaleza y del sentido común, encuentro que mi entendimiento está entrañablemente iluminado, de suerte que puedo ahora comprender fácilmente muchas cosas que antes eran para mí un enigma y un misterio completos.

HILAS.- Me alegra ver que no eran exactas las noticias que he oído acerca de ti.

FILONÚS.- ¡Por favor!, ¿cuáles eran?

HILAS.- En la conversación de la última noche se te presentaba como una persona que sostenía la opinión más extravagante que ha albergado mente humana; a saber, que no existe en el mundo eso que se llama *sustancia material*.

FILONÚS.- De que no existe eso que los *filósofos* llaman *sustancia material* estoy firmemente persuadido; pero si se me hiciera ver que había algo absurdo o escéptico en eso, renunciaría a ello por la misma razón por la que yo creo que en la actualidad tengo que rechazar la opinión contraria.

HILAS.- ¡Cómo! ¿Puede haber algo más fantástico, más contrario al sentido común, o una muestra mayor de escepticismo que creer que no existe eso que se llama *materia*?

...

FILONÚS.- Al leer un libro, lo que inmediatamente percibo son las letras y mediatamente y por intermedio de las mismas se sugieren en mi mente las nociones de Dios, virtud, verdad, etc. Ahora bien, que las letras son realmente cosas sensibles o que se perciben por los sentidos, de eso no hay duda; pero querría saber si crees que las cosas que sugieren lo son también.

HILAS.- Ciertamente que no, sería absurdo pensar que *Dios* o la virtud son cosas sensibles aunque puedan ser significadas y sugeridas a la mente por signos sensibles con los que tienen una conexión arbitraria.

FILONÚS.- Parece, pues, que entiendes por *cosas sensibles* únicamente aquellas que pueden percibirse inmediatamente por los sentidos.

HILAS.- Así es.

FILONÚS.- ¿Y no resulta por tal motivo el hecho de que, aunque yo vea una parte del cielo de color rojo y otra de color azul, y de ahí concluya mi razón que debe haber alguna causa de la diversidad de colores, sin embargo no se puede decir que dicha causa es una cosa sensible o percibida por el sentido de la vista?

HILAS.- Así resulta.

FILONÚS.- Análogamente, aunque yo oiga diversos sonidos no se puede decir, empero, que oigo las causas de los sonidos.

HILAS.- No se puede decir, evidentemente.

FILONÚS.- Y cuando con mi tacto percibo que una cosa es caliente y pesada, no puedo decir ni verdadera ni propiamente que palpo la causa de su calor o de su peso.

HILAS.- Para evitar cualquier cuestión de esta clase te diré de una vez para siempre, que entiendo por *cosas sensibles* aquellas únicamente que se perciben por los sentidos y que en verdad los sentidos no perciben nada que no perciban inmediatamente; ya que no hacen inferencias. Pues la deducción de causas u ocasiones, partiendo de efectos y apariencias, que es lo único que los sentidos perciben, pertenece por entero a la razón.

FILONÚS.- Entiendo que convenimos en un punto, a saber, *que son cosas sensibles únicamente aquellas que se perciben inmediatamente por los sentidos*. Además, dime si es que percibimos inmediatamente por la vista algo más que la luz, los colores y las figuras; por el oído algo que no sean los sonidos; o por el paladar algo además de los sabores; por el olfato lo que no sean los olores; o por el tacto otra cosa que no sean cualidades táctiles.

HILAS.- NO.

FILONÚS.- Así pues, parece que, si suprimes todas las cualidades sensibles, no queda nada sensible.

HILAS.- Es verdad.

FILONÚS.- Las cosas sensibles, por lo tanto, no son nada más que otras tantas cualidades sensibles o combinaciones de cualidades sensibles.

HILAS.- No son otra cosa.

FILONÚS.- ¿Es, pues, el calor una cosa sensible?

HILAS.- Ciertamente.

FILONÚS.- ¿Consiste la realidad de las cosas sensibles en ser percibidas? ¿O es algo distinto de su ser percibidas y no tiene relación alguna con la mente?

HILAS.- *Existir* es una cosa y ser percibido es otra.

FILONÚS.- Hablo refiriéndome únicamente a las cosas sensibles; y a este respecto pregunto si por su existencia real entiendes una subsistencia exterior a la mente y distinta de su ser percibidas.

HILAS.- Entiendo un ser absoluto real distinto de, y sin relación con, su ser percibidas.

FILONÚS.- Así pues, el calor, si se concede que es un ser real, tendrá que existir fuera de la mente

HILAS.- Así es.

FILONÚS.- Dime, Hilas: ¿es esa existencia real igualmente compatible con todos los grados de calor que percibimos? ¿O hay alguna otra razón que hace que se la

atribuyamos a ciertos grados y se la neguemos a otros? Te ruego que me des a conocer esa razón, si la hubiese.

HILAS.- Sea cualquiera el grado de calor que percibamos por los sentidos, podemos estar seguros de que existe en el objeto que lo ocasiona.

FILONÚS.- ¡Cómo! ¿Tanto el máximo como el mínimo?

HILAS.- Te digo que la razón es claramente la misma en ambos casos, ambos se perciben por los sentidos; bien es verdad que el grado de calor superior se percibe más sensiblemente y, por consiguiente, concediendo que haya alguna diferencia, estamos más ciertos de su existencia real que en el caso de la realidad de un grado inferior.

FILONÚS.- ¿Y no es el grado más extremado e intenso de calor un dolor muy grande?

HILAS.- Nadie puede negarlo.

FILONÚS.- ¿Y es capaz de dolor o placer una cosa que no percibe?

HILAS.- Ciertamente que no.

FILONÚS.- ¿Es tu sustancia material un ser sin sentido, o es un ser dotado de sentidos y percepciones?

HILAS.- No tiene sentidos, sin ninguna duda.

FILONÚS.- No puede, por tanto, experimentar un dolor.

HILAS.- De ningún modo.

FILONÚS.- Ni, consiguientemente, el calor máximo percibido por los sentidos, puesto que reconoces que no es un dolor pequeño.

HILAS.- Así es.

FILONÚS.- ¿Qué diremos entonces de tu objeto externo, es una sustancia o no lo es?

HILAS.- Es una sustancia material con las cualidades sensibles que le son inherentes.

FILONÚS.- ¿Cómo puede entonces existir en ella un gran calor, puesto que admites que no puede haberlo en una sustancia material? Querría que me aclararas este punto.

HILAS.- Un momento, Filonús; temo que no estaba en lo cierto al admitir que el calor intenso es un dolor. Más bien parece que el dolor es algo distinto del calor y la consecuencia o efecto de éste.

FILONÚS.- Al colocar tu mano cerca del fuego, ¿percibes una sensación simple uniforme o dos sensaciones distintas?

HILAS.- Una sensación simple.

FILONÚS.- ¿No se percibe el calor inmediatamente?

HILAS.- Sí.

FILONÚS.- ¿Y el dolor?

HILAS.- También.

FILONÚS.- Al ver, pues, que ambos se perciben inmediatamente al mismo tiempo y que el fuego te afecta solamente con una idea simple y no compuesta, se sigue que esta misma idea simple es ambas cosas, a saber, el intenso calor inmediatamente percibido y el dolor; y por tanto, que el intenso calor inmediatamente percibido no es nada distinto de una especie particular de dolor.

HILAS.- Así parece.

FILONÚS.- Intenta otra vez cogitando, querido Hilas, ver si puedes concebir que haya una sensación violenta sin dolor o sin placer.

HILAS.- No puedo.

FILONÚS.- ¿Y puedes hacerte una idea de un dolor o de un placer sensible en general, con abstracción de toda idea particular de calor, frío, sabores, olores, etc.?

HILAS.- No veo que pueda hacerlo.

FILONÚS.- ¿Y no se sigue, por tanto, que el dolor sensible no es nada distinto de esas sensaciones o ideas en un grado intenso?

HILAS.- No se puede negar; y, a decir verdad, empiezo a sospechar que no puede existir un calor muy grande sino en una mente que lo perciba.

FILONÚS.- ¡Cómo! ¿Te encuentras entonces en ese estado *escéptico* de suspensión entre la afirmación y la negación?

HILAS.- Creo que puedo tomar una actitud positiva en este punto. No puede existir fuera de la mente un calor muy violento y doloroso.

FILONÚS.- No tiene, por tanto, según tú, ningún ser real.

HILAS.- Lo admito

FILONÚS.- ¿Es, pues, cierto que no hay en la naturaleza ningún cuerpo realmente caliente?

HILAS.- No niego que hay un calor real en los cuerpos. Sólo digo que no hay una cosa que sea un calor intenso real.

FILONÚS.- ¿Pero no decías antes que todos los grados de calor eran igualmente reales, y que, si había alguna diferencia, los grados superiores eran indudablemente más reales que los inferiores?

HILAS.- Es verdad, pero era porque no consideré entonces el fundamento que hay para distinguirlos, que ahora veo claramente. Y es el siguiente: Como el calor intenso no es sino una clase particular de sensación dolo-rosa, y el dolor no puede existir si no es en un ser percipiente, se sigue que no puede existir realmente un calor intenso en una sustancia corpórea no percipiente. Pero esto no es razón para negar que exista calor, en un grado inferior, en tal sustancia.

FILONÚS.- Pero, ¿cómo podremos discernir esos grados de calor, que sólo existen en la mente, de los que existen fuera de ella?

HILAS.- No hay dificultad en ello. Tú sabes que el dolor mínimo no puede existir sin ser percibido; así pues, cualquier grado de calor que sea un dolor existe sólo en la mente. Pero en cuanto a todos los restantes grados de calor, nada nos obliga a pensar lo mismo de ellos.

FILONÚS.- Tengo entendido que admitiste antes que ningún ser no percipiente era capaz de placer, así como tampoco de dolor.

HILAS.- Ciertamente.

FILONÚS.- ¿Y el calor moderado o un grado de calor más suave que el que causa malestar, no es un placer?

HILAS.- ¿Entonces?

FILONÚS.- Por tanto, no puede existir fuera de la mente en una sustancia no percipiente o en un cuerpo.

HILAS.- Así parece.

FILONÚS.- Y puesto que tanto aquellos grados de calor que no son dolorosos, como los que lo son, sólo pueden existir en una sustancia pensante: ¿no podemos concluir que los cuerpos exteriores son absolutamente incapaces de grado alguno de calor?

HILAS.- Después de pensarlo otra vez, creo que es tan evidente que el calor moderado es un placer como que un gran grado de calor es un dolor.

FILONÚS.- No pretendo sostener que el calor moderado sea un placer tan grande como el gran calor un dolor. Pero si concedes que es simplemente un placer pequeño, eso basta para justificar mi conclusión.

HILAS.- Yo lo llamaría más bien algo *indoloro*. Parece que no es más que una privación del dolor y del placer. Y espero que no me negarás que tal cualidad o estado puede convenir a una sustancia no pensante.

FILONÚS.- Si estás resuelto a sostener que el calor moderado o un grado suave de calor no es un placer, no sé cómo convencerte, como no sea apelando a tus propios sentidos. ¿Y qué opinas del frío?

HILAS.- Lo mismo que del calor. Un grado intenso de frío es un dolor, pues sentir un frío muy grande es percibir un gran malestar; no puede, por tanto, existir fuera de la mente; pero sí puede existir un grado inferior de frío, así como también un grado inferior de calor.

FILONÚS.- Así pues, se ha de concluir que aquellos cuerpos a cuyo contacto con nosotros sentimos un grado moderado de calor, tienen en ellos un grado moderado de calor o tibieza; y se ha de pensar que aquellos a cuyo contacto sentimos un grado semejante de frío tienen frío en ellos.

HILAS.- Así es.

FILONÚS.- ¿Puede ser verdadera una doctrina que necesariamente lleva al hombre al absurdo?

HILAS.- Sin duda que no puede serlo.

FILONÚS.- ¿Y no es un absurdo pensar que la misma cosa sea al mismo tiempo caliente y fría?

HILAS.- Por supuesto.

FILONÚS.- Supon ahora que una de tus manos está caliente y la otra fría, y que ambas se introducen acto seguido en un mismo recipiente de agua a una temperatura intermedia; ¿no parecerá el agua fría a una mano y caliente a la otra?

HILAS.- Sí.

FILONÚS.- ¿Y no debemos concluir, con arreglo a tus principios, que es realmente fría y caliente al mismo tiempo, es decir, de acuerdo con lo que has admitido, creer en un absurdo?

HILAS.- Confieso que así resulta.

FILONÚS.- Por tanto, los principios mismos son falsos, puesto que has admitido que ningún principio verdadero lleva a un absurdo.

HILAS.- Sin embargo, ¿hay algo más absurdo, después de todo, que decir que no *hay calor en el fuego*?

FILONÚS.- Para esclarecer más este punto, dime: ¿No debemos acaso llegar a la misma conclusión cuando se trate de dos casos exactamente iguales?

HILAS.- Sí.

FILONÚS.- Cuando un alfiler pincha tu dedo, ¿no hiende y separa tus fibras musculares?

HILAS.- Sí

FILONÚS.- Y cuando un carbón quema tu dedo, ¿hace algo malo?

HILAS.- No.

FILONÚS.- De tal modo, si tú juzgas que ni la sensación misma ocasionada por el alfiler ni nada semejante está en el alfiler, tendrás que juzgar, de acuerdo con lo que ahora has admitido, que ni la sensación ocasionada por el fuego ni nada semejante está en el fuego.

HILAS.- Bueno, puesto que tiene que ser así, estoy conforme en admitir eso, y reconozco que el calor y el frío son únicamente sensaciones que existen en nuestras mentes; no obstante, hay todavía cualidades bastantes para asegurar la realidad de cosas exteriores.

FILONÚS.- ¿Y qué dirás, Hilas, si resultase que ocurre lo mismo con todas las demás cualidades sensibles y que no se puede admitir tampoco que existen fuera de la mente, lo mismo que nos ha sucedido con el calor y el frío.

HILAS.- Pues entonces conseguirás algo; pero no confío en verlo probado.

FILONÚS.- Hagamos un examen metódico: ¿Qué opinas acerca de los sabores, que existen o no fuera de la mente?

HILAS.- ¿Puede dudar algún hombre que esté en sus cabales de que el azúcar es dulce y el ajeno amargo?

FILONÚS.- Y dime, Hilas, ¿es o no es el sabor dulce una determinada clase de placer o sensación placentera?

HILAS.- Es.

FILONÚS.- ¿Y no es el sabor amargo una clase determinada de malestar o dolor?

HILAS.- Sí.

FILONÚS.- Pues entonces, si el azúcar y el ajeno son sustancias corpóreas no pensantes que existen fuera de la mente, ¿cómo les puede convenir la dulzura y el amargor, es decir, el placer y el dolor?

HILAS.- Un momento, Filonús; ahora veo qué es lo que ha estado extraviándome todo este tiempo. Me preguntaste que si el calor y el frío, la dulzura y, el amargor eran determinadas especies de placer y dolor, a lo que te respondí simplemente que sí. Pero debería haber hecho la siguiente distinción: esas cualidades, en cuanto percibidas por nosotros, son placeres o dolores, pero no existen en los cuerpos exteriores. No tenemos, por tanto, que concluir de forma absoluta que no hay calor en el fuego ni dulzura en el azúcar, sino únicamente que el calor o la dulzura, en cuanto que percibidos por nosotros, no están en el fuego o en el azúcar. ¿Qué dices a esto?

FILONÚS.- Digo que eso no quiere decir nada. Nuestro discurso ha versado siempre sobre cosas sensibles que definiste como cosas *que percibimos inmediatamente por nuestros sentidos*. No sé nada de cualesquiera otras cualidades de que me hables distintas de aquéllas, ni entran a formar parte de lo que aquí se discute. Puedes pretender, desde luego, haber descubierto algunas cualidades que no percibes y asegurar que esas cualidades existen en el fuego y en el azúcar. Pero no entiendo qué uso se pueda hacer de eso para el propósito que ahora te ocupa. Dime, pues, de una vez, si reconoces que el calor y el frío, la dulzura y el amargor -es decir, aquellas cualidades que perciben los sentidos- no existen fuera de la mente.

HILAS.- Ya veo que no se va a ninguna parte insistiendo, así es que me declaro vencido por lo que respecta a las cualidades mencionadas. Sin embargo, confieso que suena extraño eso de decir que el azúcar no es dulce.

FILONÚS.- A pesar de ello, para tu mayor satisfacción, ten en cuenta lo siguiente: que lo que otras veces parece dulce resulta amargo para un paladar no normal. Y nada puede ser más claro que el hecho de que diversas personas perciben sabores diferentes en el mismo alimento, pues lo que gusta a uno lo aborrece otro. ¿Cómo podría ocurrir esto si el sabor fuera algo realmente inherente al alimento?

HILAS.- Lo reconozco.

FILONÚS.- Ahora vamos a considerar los olores. A este respecto me gustaría saber si lo que se ha dicho de los sabores no conviene exactamente a los olores. ¿No son otras tantas sensaciones agradables o desagradables?

HILAS.- Sí.

FILONÚS.- ¿Puedes concebir como posible que existan en una cosa no percipiente?

HILAS.- No puedo.

FILONÚS.- ¿Y puedes creer que las inmundicias y las basuras producen en los animales inferiores que se alimentan indistintamente de ellas los mismos olores que percibimos nosotros en ellas?

HILAS.- De ninguna forma.

FILONÚS.- ¿Y no podemos llegar, asimismo, a la conclusión, en lo que respecta a los olores, de que no pueden existir sino en una mente o sustancia percipiente, lo mismo que las cualidades anteriormente mencionadas?

HILAS.- Así pienso.

FILONÚS.- Entonces, tratándose de sonidos, ¿qué tenemos que pensar de ellos, que son o no accidentes inherentes realmente a los cuerpos exteriores?

HILAS.- Que no son inherentes a los cuerpos sonoros es claro, por lo consiguiente: una campana tocada en el vacío interior de una bomba neumática no produce sonido. Hay que pensar, pues, que el aire es el sujeto del sonido.

HILAS.- Tienes que distinguir, querido Filonús, entre sonido, en cuanto percibido por nosotros, y en cuanto es en sí mismo; o lo que es lo mismo, entre el sonido que inmediatamente percibimos y el que existe fuera de nosotros. El primero es, sin duda, una determinada clase de sensación, pero el último es simplemente movimiento vibratorio u ondulatorio en el aire.

FILONÚS.- Pensaba que había obviado ya esa distinción con la respuesta que di cuando ibas a aplicarla en un caso anterior. Pero, para no hablar más de ello, ¿estás seguro, entonces, de que el sonido no es realmente nada más que movimiento?

HILAS.- Lo estoy.

FILONÚS.- Así, pues, todo lo que convenga a un sonido real se puede atribuir con verdad al movimiento.

HILAS.- Sí.

FILONÚS.- Entonces, tiene sentido hablar de *movimiento* como de una cosa que es pesada, suave, *aguda* o *grave*.

HILAS.- Veo que estás decidido a no entenderme. ¿No es evidente que esos accidentes o modos pertenecen únicamente al sonido sensible o sonido según la común acepción de la palabra, pero no al *sonido* en el sentido real y filosófico, el cual, como acabo de decirte, no es nada más que un cierto movimiento del aire?

FILONÚS.- Parece, pues, que hay dos clases de sonido, uno vulgar, que se oye, y otro filosófico y real.

FILONÚS.- ¿Qué razón hay para ello, Hilas?

HILAS.- La de que cuando se produce un movimiento en el aire percibimos un sonido mayor o menor en proporción con el movimiento del aire; pero si no hay tal movimiento del aire no oímos en absoluto sonido alguno.

FILONÚS.- Aun admitiendo que nunca oigamos un sonido sino cuando se produce un movimiento en el aire, no veo, empero, cómo puedes inferir de ahí que el sonido mismo esté en el aire.

HILAS.- Es el movimiento mismo en el aire exterior lo que produce en la mente la sensación de *sonido*. Pues, al chocar con el tímpano del oído, origina una vibración que se comunica al cerebro mediante los nervios auditivos, y el alma queda afectada acto seguido con la sensación llamada *sonido*.

FILONÚS.- ¡Cómo! ¿Es el sonido una sensación?

HILAS.- Te digo que, en cuanto que lo percibimos, es una sensación especial en la mente.

FILONÚS.- ¿Y puede existir alguna sensación fuera de la mente?

HILAS.- No, ciertamente.

FILONÚS.- ¿Y cómo puede entonces el sonido, que es una sensación, existir en el aire, si entiendes por *aire* una sustancia sin sentidos que existe fuera de la mente?

HILAS.- Justamente.

FILONÚS.- Y el último consiste en movimiento.

HILAS.- Así te dije anteriormente.

FILONÚS.- Dime, Hilas, ¿a cuál de los sentidos crees que pertenece la idea de movimiento? ¿Al oído?

HILAS.- Desde luego que pertenece a la vista y al tacto.

FILONÚS.- Por esto, resultará que, según tú, los sonidos reales podrían ser vistos o tocados, pero nunca oídos.

HILAS.- Mira, Filonús, puedes burlarte de mi opinión, pero eso no alterará la verdad de las cosas. Admito que las consecuencias a que me llevas suenan de un modo un poco raro, pero el lenguaje corriente está hecho por el vulgo y para su uso; no hay por qué extrañarse, por tanto, de que expresiones adaptadas a conceptos filosóficos precisos parezcan toscas y fuera de lugar.

FILONÚS.- ¿A este punto hemos llegado? Te aseguro que creo haber progresado bastante si te apartas tan despreocupadamente de frases y opiniones comunes, ya que una parte importante de nuestra investigación consiste en investigar quién es aquel cuyas opiniones se apartan más del camino corriente y son más contrarias al sentido general del mundo. ¿Pero crees que no es nada más que una paradoja filosófica decir que los *sonidos reales no se oyen nunca* y que la idea de los mismos procede de otros sentidos? ¿No hay en ello nada contrario a la naturaleza y a la verdad de las cosas?

HILAS.- A decir verdad, no estoy satisfecho. Y después de las concesiones ya hechas, admito que los sonidos tampoco tienen un ser real fuera de la mente.

FILONÚS.- Espero que no tendrás dificultad alguna en reconocer lo mismo de los colores.

HILAS.- Perdóname, el caso de los colores es muy distinto. ¿Puede haber algo más evidente que el hecho de que los vemos sobre los objetos?

FILONÚS.- Los objetos de que hablas son, supongo, sustancias corpóreas que existen fuera de la mente.

HILAS.- Sí.

FILONÚS.- ¿Y tienen colores verdaderos y reales inherentes a ellos?

HILAS.- Cada objeto visible tiene el color que vemos en él.

FILONÚS.- ¡Cómo! ¿Hay alguna cosa visible que no sea lo que vemos con la vista?

HILAS.- No.

FILONÚS.- ¿Y percibimos alguna cosa con los sentidos que no percibamos inmediatamente?

HILAS.- ¿Cuántas veces tendré que repetir lo mismo? Te digo que no.

FILONÚS.- Ten paciencia, mi buen Hilas, y dime una vez más si hay algo percibido inmediatamente por los sentidos que no sea una cualidad sensible. Sé que afirmaste que no había, pero querría saber ahora si persistes en la misma opinión.

HILAS.- Sí.

FILONÚS.- ¡Por favor!, ¿tu sustancia corpórea es una cualidad sensible o está compuesta de cualidades sensibles?

HILAS.- ¡Qué pregunta! ¿Quién ha pensado que lo fuese?

FILONÚS.- La razón que tengo para preguntar esto es que al decir cada *objeto visible tiene el color que vemos en él* haces que los objetos visibles sean sustancias corporales; lo cual implica o que las sustancias corpóreas son cualidades sensibles, o que hay algo además de las cualidades sensibles percibidas por la vista; pero como acerca de este punto ya hemos llegado a un acuerdo, que aún mantienes, la consecuencia evidente es que tu sustancia corpórea no es nada distinto de las cualidades sensibles.

HILAS.- Puedes sacar las consecuencias más absurdas que se te antojen y esforzarte en enredar las cosas más sencillas; pero nunca me persuadirás de que no estoy en mis cabales. Comprendo claramente lo que quiero decir.

FILONÚS.- Yo deseo que tú también me lo hagas comprender. Pero si no quieres que examinemos tu concepto de sustancia corpórea, no insistiré más sobre este punto. Únicamente haz el favor de decirme si los mismos colores que vemos, existen en los cuerpos exteriores, o son otros.

HILAS.- Son precisamente los mismos.

FILONÚS.- ¡Cómo! Los hermosos colores rojos y purpúreos que vemos allá en las nubes ¿están realmente en ellas? ¿O crees que tienen en sí mismos otra forma que la de una oscura niebla de vapor?

HILAS.- Tengo que admitir, querido Filonús, que esos colores no están realmente en las nubes, tal como parecen estar a esa distancia. Son solamente colores aparentes.

FILONÚS.- ¿Los llamas *aparentes*? ¿Cómo distinguiremos esos colores aparentes de los reales?

HILAS.- Muy fácilmente. Se juzgan aparentes los que aparecen sólo a cierta distancia y se desvanecen al acercarse.

FILONÚS.- Y supongo que se juzgarán reales los que se descubren mediante un examen más de cerca y riguroso.

HILAS.- Eso es.

FILONÚS.- ¿Cuál examen es más de cerca y riguroso, el que se hace con ayuda de un microscopio o el que se hace a simple vista?

HILAS.- El que se hace con un microscopio, desde luego

FILONÚS.- Pero un microscopio descubre a menudo colores en un objeto diferentes de los que se perciben a simple vista. Y en el caso de que tuviéramos microscopios que aumentaran las veces que se quisieran, es cierto que ningún objeto visto a través de ellos aparecería con el mismo color que muestra a simple vista.

HILAS.- ¿Y qué concluyes de todo esto? No puedes argüir que no hay real y naturalmente colores en los objetos, porque en virtud de tratamientos artificiales pueden ser alterados o desvanecidos.

FILONÚS.- Creo que se puede evidentemente deducir de tus propias concesiones que todos los colores que vemos a simple vista son sólo aparentes, como los que hay en las nubes, puesto que se desvanecen al llevar a cabo una inspección más de cerca y rigurosa, lo cual hacemos mediante el microscopio. Y por lo que respecta a las observaciones que

haces como prevención, te pregunto: ¿Cómo se descubre mejor el estado real y natural de un objeto, con una vista aguda y penetrante o con una menos penetrante?

HILAS.- Sin duda que con la primera.

FILONÚS.- ¿Y no nos enseña claramente la *dióptrica* que los microscopios hacen la vista más penetrante y representan a los objetos como aparecerían a la vista en el caso de que ésta estuviera dotada de una mayor agudeza?

HILAS.- Justamente.

FILONÚS.- Hay que juzgar, por tanto, que la representación microscópica es la que mejor pone de manifiesto la naturaleza real de la cosa, o lo que hay en ella. Así, pues, los colores percibidos a través de ella son más auténticos y reales que los percibidos en otra forma.

HILAS.- Reconozco que hay algo de verdad en lo que dices.

FILONÚS.- Además, no sólo es posible, sino evidente, que hay animales cuyos ojos están constituidos por la naturaleza de forma que perciban aquellas cosas que por razón de su pequeñez escapan a nuestra vista. ¿Qué opinas de esos animales inconcebiblemente pequeños, percibidos a través de los lentes? ¿Tendremos que suponer que son completamente ciegos? Y, en el caso de que vean, ¿se puede creer que su vista no sirve también para preservar sus cuerpos de daños como se ve que ocurre en los demás animales? Y si es así, ¿no es evidente que tienen que ver partículas más pequeñas que sus propios cuerpos, las cuales se les presentarán en cada objeto con un aspecto muy distinto de aquel que afecta nuestros sentidos? Hasta nuestros propios ojos no siempre nos representan los objetos de la misma forma. Todos sabemos que en la ictericia todo parece amarillo. ¿No es, pues, muy probable que esos animales, en cuyos ojos apreciamos una estructura distinta de la de los nuestros y cuyos cuerpos abundan en humores diferentes, no vean en los objetos los mismos colores que nosotros vemos? Por todo lo cual, ¿no parece deducirse que todos los colores son igualmente aparentes y que ninguno de los que percibimos es realmente inherente al objeto exterior?

HILAS.- Así parece.

FILONÚS.- El asunto quedará fuera de duda si consideras que en el caso de que los colores fueran afecciones o propiedades reales inherentes a los cuerpos reales, no serían susceptibles de alteración sin que tuviera efecto un cambio en los cuerpos mismos; pero, ¿no es evidente por lo que se ha dicho que al usar el microscopio, al ocurrir un cambio en los humores del ojo, al variar la distancia, sin ninguna clase de alteración real en la cosa misma, cambian los colores de cualquier objeto o desaparecen totalmente? E incluso sin variar ninguna circunstancia, si cambia la posición de algunos objetos, éstos presentarán diferentes colores a la vista. Lo mismo sucede cuando se contempla un objeto bajo distintos grados de luz. ¿Y hay algo más conocido que el hecho de la distinta coloración de un mismo cuerpo según lo ilumine una vela o la luz del día? Añádase el experimento del prisma que, al separar los rayos de luz heterogéneos, altera el color de los objetos y hará que lo más blanco aparezca azul oscuro o de rojo a simple vista. Y dime ahora si aún eres de la opinión de que todo cuerpo tiene su color verdadero real e inherente al mismo; y si piensas que lo tiene, me gustaría saber por ti más detalladamente qué determinada distancia y posición del objeto, qué peculiar estructura y conformación del ojo y qué grado o clase de luz son necesarios para encontrar ese verdadero color y distinguirlo de los aparentes.

HILAS.- Declaro que estoy completamente convencido de que son todos igualmente aparentes, y que no hay una cosa llamada color inherente realmente a los cuerpos exteriores sino que está enteramente en la luz. Y lo que me confirma en esta opinión es el hecho de que

según sea la luz así son los colores más o menos vividos; y si no hay luz no se percibe ningún color. Además, si se admite que hay colores sobre los objetos externos ¿cómo es posible que nosotros los percibamos? Pues ningún cuerpo externo afecta a la mente a menos que actúe primeramente sobre nuestros órganos de los sentidos. Ahora bien, la única acción de los cuerpos es el movimiento; y el movimiento no se puede comunicar si no es mediante un impulso. De modo que un objeto distante no puede actuar sobre el ojo ni puede hacer por tanto que el alma perciba dicho objeto o sus propiedades. De aquí se sigue evidentemente que hay una sustancia inmediatamente contigua que, actuando en el ojo, ocasiona la percepción de colores; y eso es la luz.

FILONÚS.- ¡Cómo! ¿Es la luz una sustancia?

HILAS.- Te digo, querido Filonús, que la luz exterior no es sino una tenue sustancia fluida cuyas diminutas partículas, al agitarse con rápido movimiento y reflejarse en formas distintas desde las diferentes superficies de los objetos exteriores en los ojos, comunican a los nervios ópticos distintos movimientos, los cuales se transmiten al cerebro y originan allí impresiones varias y éstas van acompañadas de las sensaciones de rojo, azul, amarillo, etc.

FILONÚS.- Parece, entonces, que la luz no hace más que sacudir los nervios ópticos.

HILAS.- Nada más que eso.

FILONÚS.- Y, en consecuencia, a cada movimiento determinado de los nervios la mente queda afectada con una sensación, la cual es un color determinado.

HILAS.- Tienes razón.

FILONÚS.- ¿Y estas sensaciones no tienen existencia fuera de la mente?

HILAS.- No.

FILONÚS.- ¿Cómo afirmas, pues, que los colores están en la luz, ya que por luz entiendes una sustancia corpórea exterior a la mente?

HILAS.- Admito que no pueden existir fuera de la mente la luz y los colores, en cuanto inmediatamente percibidos por nosotros. Pero en sí mismos son sólo los movimientos y configuraciones de ciertas partículas insensibles de materia.

FILONÚS.- Los colores, entonces, en su sentido corriente, tomados como los objetos inmediatos de la vista, no pueden convenir sino a una sustancia percipiente.

HILAS.- Eso es lo que digo.

FILONÚS.- Bueno, puesto que te declaras vencido por lo que se refiere a las cualidades sensibles que son lo único que toda la humanidad considera como colores, no importa que sostengas lo que te plazca en lo referente a los colores invisibles de los filósofos. No es asunto mío disputar acerca de ello; sólo querría aconsejarte que pienses tú mismo si, habida cuenta de la investigación que tenemos entre manos, sería prudente que tú afirmaras que *el rojo y el azul que vemos no son colores reales sino que ciertas figuras y movimientos desconocidos que no vio ni pudo ver nadie, eso es lo que son los verdaderos colores*. ¿No son chocantes esas ideas y no están sujetas a tantas conclusiones ridículas como las que te viste obligado a desechar anteriormente en el caso de los sonidos?

HILAS.- Te confieso francamente, amigo Filonús, que es inútil resistir más tiempo. Los colores, sonidos, sabores, en una palabra, todo aquello que recibe el nombre de *cualidades secundarias*, no tienen ciertamente existencia alguna fuera de la mente. Pero al reconocer esto, no se ha de suponer que suprima toda la realidad material a los objetos externos, pues se ve que no es más que lo que diversos filósofos sostienen, los cuales, sin embargo, están lo más lejos que se puede pensar de negar la materia. Para una comprensión más clara de esto has de saber que las cualidades sensibles se dividen por los filósofos en *primarias* y *secundarias*. Las primeras son la extensión, la forma, la

solidez, la gravedad, el movimiento y el reposo. Y éstas son las que ellos afirman que existen realmente en los cuerpos. Las segundas son aquellas que anteriormente se han enumerado; en una palabra, todas las cualidades sensibles que no sean las primarias, las cuales aseguran que son únicamente otras tantas sensaciones o ideas que sólo existen en la mente. Ahora me doy cuenta de que todo esto, sin duda, lo sabes ya. Por mi parte, tenía conciencia hace mucho tiempo de que era una opinión corriente entre los filósofos, pero nunca me convencí completamente de su verdad hasta ahora.

FILONÚS.- Opinas aún, por tanto, que la extensión y las formas son algo que está en las sustancias no pensantes.

HILAS.- Sí.

FILONÚS.- ¿Y si los mismos argumentos que se alegaron contra las cualidades secundarias son eficaces también contra las primarias?

HILAS.- ¡Cómo! Entonces me veré obligado a creer que existen también en la mente.

FILONÚS.- ¿Opinas que la misma figura y la misma extensión que percibimos por los sentidos existen en el objeto exterior o sustancia material?

HILAS.- Sí.

FILONÚS.- ¿Tienen todos los demás animales buenas razones para pensar lo mismo de la forma y extensión que ven y sienten?

HILAS.- Sin duda, si tuvieran por ventura pensamiento.

FILONÚS.- Contéstame, Hilas. ¿Crees que los sentidos se concedieron a todos los animales para la conservación y bienestar de su vida? ¿O sólo a los hombres se les dio para ese fin?

HILAS.- No dudo de que tengan el mismo uso en todos los demás animales.

FILONÚS.- Si es así, ¿no deberían necesariamente tener la facultad de percibir mediante dichos sentidos sus propios miembros y los cuerpos que les puedan dañar?

HILAS.- Ciertamente.

FILONÚS.- Una polilla, por consiguiente, hay que suponer que ve su propia pata y cosas iguales a ella, o incluso más pequeñas, como cuerpos de bastante dimensión, aunque te parezcan al mismo tiempo como difícilmente discernibles o, en el mejor de los casos, como otros tantos puntos visibles.

HILAS.- No puedo negarlo.

FILONÚS.- Y a criaturas inferiores a la polilla les parecerán todavía mayores.

HILAS.- Sí.

FILONÚS.- Lo que tú tan difícilmente puedes discernir aparecerá a otros animales, extremadamente diminutos, como una enorme montaña.

HILAS.- Admito todo esto.

FILONÚS.- ¿Puede ser una y la misma cosa al mismo tiempo de diferentes dimensiones en sí misma?

HILAS.- Sería absurdo creerlo.

FILONÚS.- Ahora bien, por lo que has dejado sentado, se sigue que la misma extensión que tú percibes y la percibida por la polilla misma, así como análogamente todas las percibidas por animales aún más pequeños, son cada una de ellas la verdadera extensión de la pata de la polilla; es decir, tus propios principios te llevan a un absurdo.

HILAS.- Parece que el asunto está un poco difícil.

FILONÚS.- Vamos a ver, ¿no has reconocido que no se puede cambiar ninguna propiedad real inherente a un objeto sin modificarse algo la cosa misma?

HILAS.- Sí.

FILONÚS.- Y cuando nos aproximamos a un objeto o nos alejamos de él la extensión varía; a una determinada distancia es diez o cien veces mayor que a otra. ¿No se sigue, por tanto, de aquí igualmente que no es algo realmente inherente al objeto?

HILAS.- Reconozco que no sé qué pensar.

FILONÚS.- Precisarás pronto tu juicio cuando te decidas a pensar tan libremente, en lo concerniente a esta cualidad, como has hecho tratándose de los demás. ¿No se admitió como argumento válido la afirmación de que ni el calor ni el frío existían en el agua, porque parecía caliente a una mano y fría a otra?

HILAS.- Sí.

FILONÚS.- ¿Y no es el mismo razonamiento llegar a la conclusión de que no hay extensión o forma en un objeto, puesto que a un ojo parece pequeño, liso y redondo, y el mismo parece grande, desigual y anguloso a otro ojo?

HILAS.- El mismísimo. ¿Pero sucede siempre eso último?

FILONÚS.- Puedes hacer la prueba en cualquier momento, mirando con un ojo a simple vista y con el otro a través de un microscopio.

HILAS.- No sé cómo sostener mi tesis, y a pesar de ello me resisto a renunciar a la *extensión*, pues veo las muchas consecuencias extrañas que se deducen de dicha concesión.

FILONÚS.- ¿Extrañas? Después de las concesiones ya hechas espero que no te pararas en barras por esa extrañeza. Pero por otra parte, ¿no parecería muy extraño que el razonamiento general, que incluye todas las otras cualidades sensibles, no incluyera también la extensión? Si se admite que ninguna idea, ni cosa alguna parecida a una idea, pueden existir en una sustancia no percipiente, entonces se sigue con toda seguridad que ninguna forma o modo de extensión que podamos percibir o imaginar, o de los cuales podamos tener una idea, pueden existir realmente en la materia; sin mencionar la dificultad especial que tiene que haber en concebir una sustancia material, previa a la extensión y distinta de la misma, que sea el substrato de la extensión. Sea la cualidad sensible lo que se quiera, forma o sonido o color, parece igualmente imposible que subsista en algo que no la perciba [1](#).

HILAS.- Admito eso por ahora, reservándome el derecho de retractarme de mi opinión en el caso de que se descubriese después, que se había dado un paso falso en el avance de nuestra investigación.

FILONÚS.- Es un derecho que no puedo negarte. Puesto que se ha terminado con las formas y la extensión, pasemos al *movimiento*. ¿Puede ser un movimiento real en un cuerpo externo al mismo tiempo muy rápido y muy lento?

HILAS.- No, no puede ser.

FILONÚS.- ¿No está la rapidez del movimiento de un cuerpo en razón inversa del tiempo que emplea en recorrer un espacio dado? Así, un cuerpo que recorre una milla en una hora se mueve tres veces más rápidamente que en el caso que recorra sólo una milla en tres horas.

HILAS.- Estoy de acuerdo contigo.

FILONÚS.- ¿Y no se mide el tiempo por la sucesión de ideas en nuestras mentes?

HILAS.- Sí.

FILONÚS.- ¿Y no es posible que las ideas se sucedan una tras otra en tu mente con una rapidez doble que en la mía, o en la de un espíritu de otra especie?

HILAS.- Lo admito.

FILONÚS.- Y por lo tanto, le podrá parecer a otro que un mismo cuerpo realiza su movimiento por un espacio en la mitad de tiempo que te lo parece a ti. Y el mismo razonamiento valdrá para cualquier otro caso; es decir que de acuerdo con tus principios (ya que los movimientos están realmente en el objeto) es posible que uno y el mismo cuerpo se mueva realmente por la misma trayectoria a la vez muy rápidamente y muy lentamente. ¿Cómo es esto compatible con el sentido común, o con lo que tú has admitido?

HILAS.- No tengo nada que decir a eso.

FILONÚS.- En cuanto a la solidez, o no mientas con esa palabra ninguna cualidad sensible, y en ese caso queda fuera de nuestra investigación, o en caso contrario ha de ser equivalente a dureza o resistencia. Ahora bien, una y otra son, para nuestros sentidos, relativas; es evidente que lo que parece duro a un animal aparece como blando a otro que tiene mayor fuerza y robustez de miembros. Y no es menos evidente que la resistencia que siento no está en el cuerpo.

HILAS.- Admito que la sensación misma de resistencia, que es todo lo que inmediatamente percibes, no está en el cuerpo, pero sí está la causa de dicha sensación.

FILONÚS.- Pero las causas de nuestras sensaciones no son cosas inmediatamente percibidas y, por lo mismo, no sensibles. Pensaba que ya se había solucionado esa cuestión.

HILAS.- Reconozco que sí, pero perdóname si parezco un poco torpe; no sé cómo deshacerme de mis viejos conceptos.

FILONÚS.- Para ayudarte a salir del apuro considera sólo que si se reconoció una vez que la extensión no tiene existencia fuera de la mente, lo mismo hay que admitir tratándose del movimiento, de la solidez y de la gravedad, ya que todas estas cualidades suponen evidentemente la extensión. Es superfluo, por tanto, investigar especialmente cada una de ellas. Al negar la extensión has negado también la existencia real de todas.

HILAS.- Si es verdad lo que dices, me extraña, amigo Filonús, que los filósofos, que niegan la existencia real a las cualidades secundarias, la atribuyan sin embargo a las primarias. Si no hay diferencia entre ellas, ¿cómo se puede explicar esto?

FILONÚS.- No es asunto mío explicar todas las opiniones de los filósofos. Pero, entre otras razones que se puedan señalar, parece probable que una de ellas pueda ser el hecho de que el placer y el dolor se pueden vincular mejor a las secundarias que a las primarias. El calor y el frío, los olores y los colores, tienen algo más vividamente placentero o desagradable que la afección que nos producen las ideas de extensión, forma y movimiento. Y como es visiblemente absurdo sostener que el dolor o el placer puedan estar en una sustancia no percipiente, se aparta más fácilmente a los hombres de la creencia en la existencia externa de las cualidades secundarias que de la creencia en la de las primarias. Te convencerás de que hay algo de verdad en esto si recuerdas la diferencia que hiciste entre un grado intenso de calor y otro más moderado, admitiendo para uno la existencia real y negándosela al otro. Pero después de todo, no hay fundamento racional para esa distinción; pues con toda seguridad una sensación indiferente es tan verdaderamente una sensación como una más placentera o más dolorosa; y por tanto, no se puede tampoco suponer que exista en un sujeto no pensante.

HILAS.- Amigo Filonús, ahora recuerdo que he oído hablar en algún sitio de la distinción entre extensión sensible y absoluta. Ahora bien, aunque se reconozca que *mayor* y *menor*, al consistir meramente en la relación que otros seres extensos tienen con las partes de nuestros cuerpos, no es algo inherente realmente a las sustancias mismas, nada nos obliga, sin embargo, a sostener lo mismo tratándose de *extensión absoluta*, la cual es algo abstraído de lo

mayor y de lo *menor*, de esta o de aquella determinada magnitud o forma. Así también, por lo que respecta al movimiento, *rápido* y *lento* son completamente relativos a la sucesión de ideas de nuestras propias mentes. Pero no se sigue, del hecho de que esas modificaciones del movimiento no existan fuera de la mente, que no exista por tanto el movimiento absoluto abstraído de las mismas.

FILONÚS.- ¡Por favor! ¿Qué es lo que distingue a un movimiento de otro, o a una parte de la extensión de otra? ¿No es algo sensible, como un cierto grado de rapidez o lentitud, una cierta magnitud o forma peculiar a cada uno?

HILAS.- Así creo.

FILONÚS.- Estas cualidades sensibles, por tanto, desprovistas de todas las propiedades sensibles, no tienen diferencias específicas o numéricas como se dice en términos escolásticos.

HILAS.- Así es.

FILONÚS.- Es decir, que son extensión en general y movimiento en general.

HILAS.- Sea.

FILONÚS.- Ahora bien, hay una máxima universalmente admitida que dice que todo *lo que existe es particular*. ¿Cómo puede entonces existir en una sustancia corpórea movimiento en general o extensión en general?

HILAS.- Me tomaré tiempo para solventar esa dificultad.

FILONÚS.- Yo creo que el asunto se puede decidir rápidamente. Sin duda que puedes decir si eres capaz de formar esta o aquella idea. Pues bien, deseo plantear nuestra discusión sobre la base siguiente. Si en tu pensamiento puedes formar una idea abstracta distinta de movimiento o extensión, despojada de todos los modos sensibles como rápido y lento, grande y pequeño, redondo y cuadrado, etc., los cuales se reconoce que sólo existen en la mente, admito la tesis que defiendes. Pero si no puedes, sería irrazonable por tu parte insistir sobre algo de lo cual no tienes noción alguna.

HILAS.- Confieso ingenuamente que no puedo.

FILONÚS.- ¿Puedes, incluso, separar las ideas de extensión y movimiento de las de todas aquellas cualidades que los que hacen la distinción denominan secundarias?

HILAS.- ¡Cómo! ¿No es una cosa fácil considerar la extensión y el movimiento en sí mismos, abstraídos de todas las demás cualidades sensibles?

FILONÚS.- Reconozco, Hilas, que no es difícil formular razonamientos y proposiciones generales acerca de esas cualidades sin mencionar otras; y en este sentido, considerarlas o tratarlas en abstracto. Pero del hecho de que yo pueda pronunciar la palabra *movimiento* en sí mismo, ¿se sigue que yo pueda formar la idea de él en mi mente excluyendo el cuerpo? O por el hecho de que se puedan hacer teoremas de la extensión y de las formas, sin mencionar *grande* o *pequeño* o cualquier otro modo o cualidad sensible, ¿es posible la formación distinta y aprehensión por la mente, de dicha idea abstracta de extensión sin ningún tamaño o forma determinados [2](#) o cualidad sensible? Los matemáticos tratan de la cantidad sin considerar las otras cualidades sensibles concomitantes, ya que son completamente indiferentes para sus demostraciones. Pero cuando, dejando aparte las palabras, contemplan las simples ideas, creo que te darás cuenta de que no son las puras ideas abstraídas de extensión.

HILAS.- ¿Y qué me dices del *intelecto puro*? ¿No puede formar esa facultad ideas abstractas?

FILONÚS.- Puesto que no puedo formar ideas abstractas en absoluto, es claro que no puedo formármelas con la ayuda del *intelecto puro*, sea cualquiera la facultad que tú

entiendas con esa expresión. Además -para no investigar la naturaleza del intelecto puro y sus objetos espirituales, como *virtud, razón, Dios*, etc.- resulta manifiesto que las cosas sensibles sólo se han de percibir por los sentidos o representar por la imaginación. Las formas y la extensión, por tanto, al ser percibidas originariamente por los sentidos, no pertenecen al intelecto puro. Pero para convencerte mejor, intenta hacerte la idea de una forma abstraída de todas las particularidades de tamaño, incluso de otras cualidades sensibles.

HILAS.- Déjame pensar un poco... No veo que pueda hacerlo.

FILONÚS.- ¿Y puedes creer que es posible la existencia real en la naturaleza de lo que implica una repugnancia en su concepción?

HILAS.- En modo alguno.

FILONÚS.- Si, pues, es imposible incluso para la mente desunir las ideas de extensión y movimiento de todas las demás cualidades sensibles, ¿no se sigue que donde exista una existirá allí también necesariamente la otra?

HILAS.- Así parece.

FILONÚS.- Los mismos argumentos, por tanto, que aceptaste como con-cluyentes en contra de las cualidades secundarias están también en contra de las primarias sin violencia alguna. Además, si quieres confiar en tus sentidos, ¿no es evidente que todas las cualidades sensibles coexisten, o que se les aparecen como si estuvieran en el mismo lugar? ¿Representan alguna vez una forma o un movimiento despojado de cualesquiera otras cualidades visibles y tangibles?

HILAS.- No necesitas decir nada más a este respecto. Estoy dispuesto a admitir, si no hay algún error oculto o negligencia en todo vuestro proceder anterior, que ninguna de las cualidades sensibles existe fuera de la mente. Pero mi temor es haber sido demasiado liberal en mis anteriores concesiones o no haberme fijado en alguna falacia o en cualquier otra cosa. En fin, que no me he tomado tiempo para pensar.

FILONÚS.- A este respecto, amigo Hilas, puedes tomarte todo el tiempo que quieras revisando las distintas partes de nuestra investigación. Estás en libertad de recobrarte de todos los tropiezos en que hayas podido incurrir o exponer todo lo que hayas omitido y que sea en favor de tu primera opinión.

HILAS.- Una gran negligencia en que incurrí fue la siguiente: no distinguí suficientemente el *objeto* de la *extensión*. Ahora bien, aunque esta última no exista fuera de la mente, no se sigue, sin embargo, que el primero no pueda existir.

FILONÚS.- ¿Qué objeto quieres decir? ¿El objeto de los sentidos?

HILAS.- El mismo.

FILONÚS.- ¿Es percibido entonces inmediatamente?

HILAS.- Justamente.

FILONÚS.- Explícame la diferencia entre lo que es inmediatamente percibido y la sensación.

HILAS.- Considero que la sensación es un acto de la mente percipiente, y que además es algo percibido; y a esto es a lo que llamo *objeto*. Por ejemplo, hay rojo y amarillo en ese tulipán. Pero el acto de percibir esos colores están en mí solamente y no en el tulipán.

FILONÚS.- ¿De qué tulipán hablas? ¿Es ése que ves?

HILAS.- El mismo.

FILONÚS.- ¿Y qué ves además del color, la forma y la extensión?

HILAS.- Nada.

FILONÚS.- ¿Qué dirías entonces? Que el rojo y el amarillo son coexisten-tes con la extensión, ¿no es así?

HILAS.- No del todo; yo diría que tiene una existencia fuera de la mente en una sustancia no pensante.

FILONÚS.- Que los colores están realmente en el tulipán que veo, es evidente, y no se puede negar que este tulipán puede existir independientemente de tu mente o de la mía; pero que un objeto inmediato de los sentidos, es decir, una idea o combinación de ideas, exista en una sustancia no pensante o exterior a todas las mentes, eso es una contradicción evidente. Y no puedo imaginarme cómo esto se sigue de lo que acabas de decir ahora, a saber, que el rojo y el amarillo estaban en el tulipán que viste, pues no pretenderás ver esta sustancia no pensante.

HILAS.- Tienes un arte especial, amigo Filonús, para desviar nuestra investigación de su objeto.

FILONÚS.- Veo que no estás dispuesto a ir por ese camino. Volvamos, pues, a la distinción que has hecho entre *sensación* y *objeto*; si no te entiendo mal, distingues en toda percepción dos cosas, una que es una acción de la mente y otra que no lo es.

HILAS.- Es verdad.

FILONÚS.- Y esa acción no puede existir en una cosa no pensante ni pertenecer a ella; pero sí puede existir o pertenecer todo lo demás implicado en una sensación.

HILAS.- Eso es lo que quiero decir.

FILONÚS.- Así, pues, si hubiera una percepción sin acto alguno de la mente sería posible que dicha percepción existiera en una sustancia no pensante.

HILAS.- Lo admito. Pero es imposible que exista tal percepción.

FILONÚS.- ¿Cuándo se dice que la mente es activa?

HILAS.- Cuando produce alguna cosa, pone fin a ella o la cambia.

FILONÚS.- ¿Puede la mente producir, interrumpir o cambiar algo como no sea por un acto de la voluntad?

HILAS.- No puede.

FILONÚS.- Así pues, hay que considerar que la mente es activa en sus percepciones en la medida en que se incluye la volición en ellas.

HILAS.- Así es.

FILONÚS.- Al coger esta flor soy activo, pues lo hago por un movimiento de mi mano, consecuencia de mi volición; igual ocurre cuando la acerco a mi nariz. ¿Pero es alguno de estos actos oler?

HILAS.- No.

FILONÚS.- Actúo también al aspirar el aire por mi nariz; pues mi respiración es, más que otra cosa, el efecto de mi volición. Pero nada de esto se puede decir que es *oler*, pues si lo fuera, olería siempre que respirara de esa forma.

HILAS.- Es verdad.

FILONÚS.- Oler es, pues, algo consiguiente a todo esto.

HILAS.- Así es.

FILONÚS.- Pero no encuentro que mi voluntad esté ya en juego. Todo lo demás, como el hecho de que perciba tal olor determinado o ningún olor, *es* independiente de mi voluntad y soy entonces algo completamente pasivo. ¿Encuentras, acaso, que en ti ocurre de otra forma, amigo Hilas?

HILAS.- No, es lo mismo.

FILONÚS.- Entonces, por lo que respecta a la visión, ¿no está en tu poder abrir los ojos o tenerlos cerrados o volverlos a un lado y a otro?

HILAS.- Sin duda.

FILONÚS.- ¿Pero depende igualmente de tu voluntad que al contemplar esta flor percibas lo *blanco* en vez de cualquier otro color? ¿O que al dirigir tus ojos abiertos hacia las lejanías del cielo puedas evitar ver el sol? ¿O es la luz o la oscuridad el efecto de tu volición?

HILAS.- No, ciertamente.

FILONÚS.- Así pues, en estos casos te comportas de un modo completamente pasivo.

HILAS.- Sí.

FILONÚS.- Dime, ahora: ¿consiste la *visión* en percibir la luz y los colores o en abrir y dirigir los ojos?

HILAS.- Desde luego que consiste en lo primero.

FILONÚS.- Pues si te comportas de un modo completamente pasivo en la percepción misma de la luz y los colores, ¿qué se ha hecho de aquella acción de que hablabas como de un ingrediente de toda sensación? ¿No se deduce de tus propias concesiones que la percepción de luz y colores, al no implicar acción alguna, puede existir en una sustancia no perci-piente? ¿Y no es esto una palmaria contradicción?

HILAS.- No sé qué pensar de esto.

FILONÚS.- Además, si distingues lo activo y lo *pasivo* en toda percepción, tienes que hacer igual en la del dolor. ¿Y cómo es posible que el dolor, por muy poco activo que lo supongas, exista en una sustancia no perci-piente? En resumen, no hay nada más que considerar el asunto y confiesa entonces francamente si la luz y los colores, los sabores, los sonidos, etc., no son todos igualmente pasiones o sensaciones del alma. Puedes, desde luego, llamarlas objetos externos y darles nominalmente toda la subsistencia que quieras. Pero examina tus propios pensamientos y dime entonces si no es como yo digo.

HILAS.- Reconozco, Filonús, que con una observación imparcial de lo que pasa en mi mente no descubro más que el hecho de ser un ser pensante afectado con una variedad de sensaciones; y no es posible concebir cómo una sensación puede existir en una sustancia no percipiente. Pero entonces, por otra parte cuando contemplo las cosas sensibles bajo otro aspecto, considerándolas como otros tantos modos y cualidades, me encuentro con que es necesario suponer un *substrato* material sin el cual no se puede concebir que existan.

FILONÚS.- ¿Lo llamas *substrato* material? ¡Por favor! ¿Por medio de qué sentido conoces ese ser?

HILAS.- Él mismo no es sensible, sólo sus modos y cualidades se perciben por los sentidos.

FILONÚS.- Supongo, entonces, que has obtenido la idea de él mediante la razón y la reflexión.

HILAS - No pretendo tener una idea positiva y adecuada de él. Sin embargo, concluyo que existe porque no se puede concebir que existan las cualidades sin un soporte

FILONÚS.- Parece, por lo visto, que tienes sólo una noción relativa de él, o que no lo concibes más que comparando la relación que tiene con las cualidades sensibles.

HILAS.- Así es.

FILONÚS.- Te ruego, por tanto, que me des a conocer en qué consiste esa relación.

HILAS.- ¿No se expresa suficientemente con el término *substrato* o sustancia?

FILONÚS.- Si es así, la palabra *substrato* implica que está extendido bajo los accidentes o cualidades sensibles.

HILAS.- Es verdad.

FILONÚS.- Y por lo mismo, bajo la extensión.

HILAS.- Lo admito.

FILONÚS.- Así, pues, es algo que por su propia naturaleza es distinto completamente de la extensión.

HILAS.- Te digo que la extensión es sólo un modo, y la materia algo que soporta los modos. ¿Y no es evidente que la cosa soportada es diferente de la cosa que soporta?

FILONÚS.- ¿Supones que el *substrato* de la extensión es algo distinto de ésta y que la excluye?

HILAS.- Justamente.

FILONÚS.- Dime, Hilas: ¿se puede extender algo sin extensión? ¿No está incluida necesariamente la idea de extensión en el *extenderse*?

HILAS.- Sí.

FILONÚS.- En resumen: todo aquello que supongas que se extiende bajo alguna cosa, tiene que tener en sí mismo una extensión distinta de la extensión de aquella cosa bajo la cual se extiende.

HILAS.- Así tiene que ser.

FILONÚS.- Toda sustancia corpórea, por tanto, que sea el *substrato* de la extensión, tiene que tener en sí misma otra extensión por la que queda calificada como *substrato*; y así, hasta el infinito. Y ahora, pregunto: ¿no es esto absurdo en sí mismo y contrario a lo que acabas de admitir, a saber, que el substrato era algo distinto de la extensión y la excluía?

HILAS.- ¡Ay Filonús! No me entiendes bien. No quiero decir que la materia esté *extendida* en sentido grosero y literal. La palabra *substrato* se usa sólo para expresar en general la misma cosa que *sustancia*.

FILONÚS.- Bueno, examinemos entonces la relación implicada en el término *sustancia*. ¿No es, acaso, la de estar bajo los accidentes?

HILAS.- Eso es.

FILONÚS.- ¿Y no ha de estar extendida una cosa que está bajo otra o la soporta?

HILAS.- Tiene que estarlo. FILONÚS - ¿Y no es esta hipótesis tan absurda como la primera?

HILAS.- Continúas tomando las cosas en un sentido estrictamente literal; eso no está bien, amigo Filonús.

FILONÚS.- No tengo la intención de imponer sentido alguno a tus palabras; estás en libertad de explicarlas como te plazca. Únicamente te pido que quieran decir algo que yo comprenda. Dime, la materia soporta los accidentes o está bajo ellos. ¿Y cómo? ¿Como tus piernas sostienen tu cuerpo?

HILAS.- No, ése es el sentido literal.

FILONÚS.- Te ruego que me des a conocer el sentido, literal o no, que veas en esa expresión. ¿Cuánto tiempo tendré que esperar la respuesta, amigo Hilas?

HILAS.- Confieso que no sé qué decir. Alguna vez creí que había entendido bastante bien lo que significaba la materia soporte de los accidentes. Pero ahora, cuanto más pienso en ello menos puedo comprenderlo; en resumen, veo que no sé nada.

FILONÚS.- Parece entonces, que no tienes ninguna idea, ni positiva ni relativa, de la materia; no sabes ni lo que es en sí misma ni la relación que tiene con los accidentes.

HILAS.- Lo reconozco.

FILONÚS.- Y no obstante, afirmabas que no podías concebir cómo podían existir realmente las cualidades o accidentes sin concebir al mismo tiempo un soporte material de los mismos.

HILAS.- Así es.

FILONÚS.- Es decir, que cuando concibes la existencia real de cualidades, concibes algo que no puedes concebir.

HILAS.- Admito que ha habido un error. Pero, sin embargo, me temo que haya en esto alguna falacia o algo que nos impide ver la verdad. ¡Por favor! ¿Qué opinas de esto? Se me ha ocurrido pensar que la causa de todo nuestro error está en que tratas cada cualidad en sí misma. Ahora bien, admito que cada cualidad no puede subsistir ella sola fuera de la mente. El color no puede existir sin la extensión, ni la forma sin alguna otra cualidad sensible. Pero cuando las diversas cualidades unidas o mezcladas en un conjunto forman cosas sensibles completas, no hay nada que impida suponer que dichas cosas existen fuera de la mente.

FILONÚS.- O estás bromeando, amigo Hilas, o tienes muy mala memoria. Sin duda que hemos examinado todas las cualidades una por una sucesivamente, pero a pesar de ello, mis argumentos, o mejor dicho tus concesiones, no pretendían probar que las cualidades secundarias no existían cada una por separado sino que no existían de *ningún modo* fuera de la mente. Sin duda que al tratar de la forma y del movimiento llegamos a la conclusión de que no podían existir fuera de la mente, pues era imposible, ni aun con el pensamiento, separarlos de todas las cualidades secundarias concibiéndolos como existentes por sí mismos. Pero no era ése el único argumento que utilizamos a la sazón, y, en fin (pasando por alto todo lo que se ha dicho hasta ahora y no teniéndolo en cuenta si así lo quieres), estoy dispuesto a jugarlo todo a una carta. Si tú puedes concebir que es posible que una mezcla o combinación de cualidades o un objeto sensible cualquiera existan fuera de la mente, admitiré que es así realmente.

HILAS.- Si es así, pronto decidiremos la cuestión. No hay nada más fácil que concebir un árbol o una casa que existen por sí mismos, independientes de cualquier mente y sin que los perciba mente alguna. En este momento los concibo perfectamente como existentes en esta forma.

FILONÚS.- ¿Cómo dices, Hilas? ¿Puedes ver una cosa que al mismo tiempo no es vista?

HILAS.- No, sería una contradicción.

FILONÚS.- ¿No es una gran contradicción hablar de *concebir* una cosa que es *inconcebible*.

HILAS.- Sí.

FILONÚS.- El árbol o la casa de que hablas, son concebidos por ti.

HILAS.- ¿Cómo podría ser de otro modo?

FILONÚS.- Y, desde luego, lo que es concebido está en la mente.

HILAS.- No hay duda de que lo que es concebido está en la mente.

FILONÚS.- ¿Cómo puedes llegar a decir que concibes un árbol o una casa con existencia independiente de todas las mentes y exterior a ellas?

HILAS.- Reconozco que ha habido un error; pero espera, déjame ver qué es lo que me ha inducido a error. Es curiosa la equivocación sufrida. Cuando estaba pensando en un árbol en un lugar solitario donde nadie estaba presente para verlo, me parecía que era concebir un árbol que existía sin ser percibido ni pensado, y no tenía en cuenta el hecho de que yo mismo lo concebía durante ese rato. Pero ahora veo claramente que todo lo que yo puedo hacer es forjarme ideas en mi propia mente. Puedo, sin duda, concebir en mis propios pensamientos la idea de un árbol, de una casa o de una

montaña, pero eso es todo. Y esto está lejos de probar que puedo concebirlos *existentes fuera de las mentes de todos los espíritus*.

FILONÚS.- Reconoces, pues, que no puedes concebir cómo una cosa corpórea sensible existe en otra forma que no sea en la mente.

HILAS.- Así es.

FILONÚS.- Y, sin embargo, has defendido seriamente la verdad de algo que no puedes ni siquiera concebir.

HILAS.- Confieso que no sé qué pensar; no obstante, aún me quedan algunos escrúpulos. ¿No es cierto que veo cosas a distancia? ¿No percibimos que las estrellas y la Luna, por ejemplo, están a una gran distancia? ¿No está esto, digo yo, manifiesto a los sentidos?

FILONÚS.- ¿No percibes también en un sueño esos objetos y otros semejantes?

HILAS.- Sí.

FILONÚS.- ¿Y no tienen la misma apariencia de estar distantes?

HILAS.- Sí que la tienen.

FILONÚS.- ¿Y llegas por eso a la conclusión de que las apariciones de un sueño están fuera de la mente?

HILAS.- En modo alguno.

FILONÚS.- No debes, por tanto, llegar a la conclusión de que los objetos sensibles están fuera de la mente basándote en su apariencia o en la forma en que se les percibe.

...